

IX

CARAVANA DE LLAMEROS

ARICA

(ca. 1.000 - 1.500 d.C.)

Esta escena solemne sugiere la inmensidad del desierto y delata la pequeñez del hombre frente a la naturaleza. También se refiere a la actitud del hombre que se sobrepone y domestica su mundo, por agreste que éste sea. Los enormes geoglifos que decoran los cerros son una manifestación inédita de la actitud humana de apropiarse de este enorme espacio natural como soporte para una expresión cultural.

Esta caravana baja de las tierras altiplánicas, cruzando la cordillera de los Andes y se interna a través de la puna, cruza el desierto, hasta llegar probablemente a la costa del Pacífico. La vemos cuando pasa por Alto Ramírez, en el valle de Azapa. Lleva productos de alto precio como coca, finos tejidos, carne y papas disecadas (**charki y chuño**) y otros bienes característicos de las tierras altas, que son apreciados por los pueblos del desierto.

Las caravanas de llamas cargadas fueron un elemento vital para unir política, social, económica y culturalmente a una infinidad de poblaciones que vivían en pequeños asentamientos, dentro del gigantesco espacio de los Andes del Sur.

Una de las interpretaciones más novedosas de la función de los geoglifos del desierto chileno, es que ellos servían como verdaderas señalizaciones para guiar a llameros y caravanas a encontrar las rutas de tráfico. Su tamaño era apropiado, pues permitía su apreciación desde muy lejos. A veces, se encuentran ofrendas al lado de los geoglifos, lo que sugiere que allí se practicaban periódicamente ritos, similares a los que hoy hacen los actuales aymaras. Estos, cuando van por los caminos, se detienen en las **apachetas**, grandes acumulaciones de piedra que señalan las rutas, para ofrecer coca, licor u otros elementos con el fin de pagar a los antepasados y divinidades por el uso de la ruta y pedir por la fortuna en el viaje.



Cuando hice este dibujo en 1983, me basé en la foto de un cerro cubierto por geoglifos. Años más tarde, el arqueólogo Luis Briones me mostró el trabajo que había realizado con su equipo, restaurando la imagen original del mismo geoglifo. Ella es, por cierto, bastante más interesante que la representada aquí.

Las tropas de llamas, si bien poco frecuentes en el día de hoy, continúan comportándose de la misma manera, con un orden disperso, paralelo y relajado. Las huellas de las caravanas del

pasado han quedado grabadas en el desierto, de la misma manera que los geoglifos. Muchos surcos paralelos se pierden en la pampa, exhibiendo estas rutas ancestrales.

El dibujo no es más que la simple superposición de estos dos elementos: la caravana y el geoglifo, captados en un mismo momento. Para los "navegantes del desierto", como los ha llamado Lautaro Núñez, la aparición en lontananza de un enorme dibujo conocido en las laderas de un cerro, debe haber

sido un acontecimiento notable dentro de su largo y despoblado camino. Un momento de muchas implicancias geográficas y sociales. Me los imagino guiándose por estos colosales signos, tras días de la más completa soledad.



Reconstrucción de una escena de confección de un geoglifo.



Caravana de llamas.



Hay cosas difíciles de transmitir a través de un dibujo: la inmensa soledad, la lejanía tan nítida que produce el desierto, en que los objetos, a pesar de estar muy alejados, parecen estar al alcance de la mano; la sensación del desierto infinito...



Geoglifo de Cerro Sagrado, Azapa, antes de su restauración.



El mismo geoglifo restaurado.